

Cuando el cielo era un gran libro - crónica en tres movimientos

Juan Carlos Urango Ospina

*Facultad de Ciencias Humanas, Universidad de Cartagena, Colombia
jurangos@yahoo.com*

Recibido 15 octubre 2015

Aceptado 14 marzo 2016

Abstract

Ancestral knowledge has been useful for centuries to predict meteorological patterns and it has been passed along from generation to generation. This paper offers a reflection on the implications of climate change on this type of knowledge and the validity in a changing planet, utilizing the figure of a grandfather as a narrative vehicle.

Keywords

Ancestral knowledge, climate change, forecast, drought.

Resumen

Los conocimientos ancestrales han servido durante siglos para predecir los patrones meteorológicos y esto ha sido pasado de generación en generación. Este ensayo reflexiona sobre las implicaciones que tiene el cambio climático en este tipo de conocimiento y la validez que tiene en un planeta con un clima cambiante en el Caribe colombiano, utilizando la figura del abuelo como vehículo narrativo.

Palabras clave

Cambio climático, Colombia, conocimiento ancestral, sequía, pronósticos.



*“Ya llega enero y, estrenando el año,
rostros alegres de esperanza sueñan.
Y comparé mis sentimientos con las cabañuelas
y dibujé mi corazón como cuarteada la tierra”*

Roberto Calderón (Las cabañuelas, canción vallenata)

1. EL PASADO

La imagen de mi abuelo, mirando el cielo y garabateando signos en un cuaderno cuadrado, es uno de los recuerdos más apreciados de mi niñez. El rito empezaba desde el primer día de enero y culminaba en el último. El abuelo se sentaba en un taburete con cierto aire de solemnidad y apuntaba cada señal que aparecía en el cielo. En los comentarios con sus amigos, soltaba alguna predicción festiva: “Tendremos mucha lluvia en abril y mayo” o “Noviembre será un buen mes para los cultivos de arroz”. Así, como si fuese un Nostradamus del trópico que leía en el cielo un libro de muchas páginas. Como un oráculo infalible.

Las cabañuelas se llamaba el arte de predecir los cambios meteorológicos que habrían de ocurrir en el año mirando las señales que se desprendían de la forma de las nubes, del vuelo de los pájaros, de las direcciones del viento, de la abundancia o escasez de la bruma, del rocío de las flores. El proceso se hacía en doble vía: las cabañuelas de ida, en las que cada uno de los primeros doce días del mes de enero representaba un mes del año; y las cabañuelas de regreso, en las cuales los siguientes doce días simbolizaban los mismos meses del año, pero contados en reversa: de diciembre a enero. Los siguientes seis días, del 25 al 30 de enero, se partían intervalos de doce horas y con ellos se representaban nuevamente los doce meses del año en orden ascendente. El último día de enero se dividía en segmentos de dos horas que correspondían a los doce meses en orden descendente.

El sistema era complejo y absorbente, pero fascinante. Cada enero sabíamos que el abuelo andaba, de manera literal, en las nubes. Metido en la atmósfera. Planeando cosechas y crías de acuerdo con el régimen de lluvias y sequías que le secretaban los elementos del cielo. Era una especie de consultor del pueblo al que acudían ganaderos y agricultores para no dejar al azar el destino de sus fincas. Esa sabiduría prodigiosa la heredó de su abuela andaluza que aprendió a leer el cielo del otro lado del océano y la trajo consigo cuando persiguió hasta el Caribe colombiano el amor de un navegante de esta orilla. El secreto consistía en saber mirar, en saber sentir, en saber oler. “Con los sentidos –decía el abuelo que le decía su abuela– se pueden entender los secretos de los elementos; con el alma, los secretos de Dios”.

No recuerdo nunca que el método de las cabañuelas le hubiese fallado al abuelo, o por lo menos no lo confesó jamás. Tampoco lo hicieron ninguno de los parroquianos que usufructuaron de sus saberes. Él estaba convencido de que los ciclos del clima eran perfectos, medibles y su lectura estaba al alcance de todos los seres que poblaban la tierra. “Mira ese almendro, las hojas –me dijo un mediodía, en medio de un calor

abrasante— en media hora empieza a llover”. Al poco rato empezaron a caer las gotas de una lluvia impensada que demoró casi dos horas.

En otra ocasión, mientras reposaba tras una dura faena de campo y se venteaba con un sombrero de paja, llegaron a su finca unos meteorólogos que hacían un estudio sobre la pluviometría de la región. El abuelo, como era su costumbre, los atendió con amabilidad; les ofreció bebidas y alimentos. Al momento de despedirse, el abuelo les sugirió que se marchasen después de la lluvia. “No va a llover, el cielo está despejado”, dijo uno de ellos, y se fueron. No pasó mucho tiempo para que regresasen empapados por un aguacero de dimensiones diluviales. “¿Cómo supo que iba a llover?”, le preguntaron al abuelo los sabios de la predicción de las lluvias. Él les respondió de la manera más honesta posible: “No fui yo; fue el burro que se revolcaba en el polvo”. Todos se rieron de la insinuación de la frase: el burro sabía más de meteorología que los expertos.

De eso, hace cuarenta años, en una finca del Caribe colombiano. En aquellas épocas y en esos lugares, todo ello era posible. La armonía de los hombres con la naturaleza se vivía a plenitud y la depredación no alcanzaba a lastimar el equilibrio del hábitat. “No caces más de lo que puedas comer”, decía el párroco en las misas dominicales. Y esa sentencia ambiental, pronunciado como advertencia litúrgica, nos permitía seguir divizando, a lo lejos, entre los árboles, las cornamentas de los venados; y sentir en nuestros pies, cuando nos sentábamos a la mesa, las prisas de los conejos; y escuchar a medianoche el cucuruteo de las torcazas que dormitaban en los alares.

Cuando el abuelo murió se llevó sus secretos de meteorólogo ancestral, de lector de los signos del cielo. Pero hoy ya no serían útiles esas sabidurías. Las señales del cielo están dislocadas, impredecibles; como un libro al que le arrancan las páginas más importantes.

2. EL PRESENTE

Miro el mediodía desde una ciudad frente al mar. Está nublado y, a lo lejos, se ve un relampagueo que anuncia una lluvia inminente. El viento parece escondido en alguna parte de la ciudad y el calor es insoportable. La lluvia, pienso, aligerará la temperatura. Las primeras gotas parecen contradecir el pronóstico nefasto de los noticieros: no habría lluvias en los próximos meses por el fenómeno de El Niño.

Pero las gotas no se multiplican. Quedan esparcidas en el pavimento y, pronto, el sol aparecerá y las convertirá en un vapor que aumentará la sensación de asfixia. No hay almendros en esta ciudad, ni burros revolcándose en las calles que nos alimenten la esperanza del frescor. Los mensajes de las nubes son contradictorios, como si el cielo se hubiese enloquecido con todos los vapores que emanan del suelo. Acaso, los truenos lejanos y confusos sean los carraspeos de una garganta agobiada por la intoxicación.

En el horizonte, en los barrios que crecieron frente a las playas, se divisan muchos edificios apilados, levantados hacia las nubes. Son tantos, que parecen un solo fardo de cemento multicolor, como surgido de un balneario sin árboles ni brisas. El sauna

en que se ha convertido la ciudad no nos relaja. Alguna voz promete un remedio redentor: “Agüita ‘e coco, para no volvernos locos” y “Agüita fría para que vuelva la alegría”. La gente se apila en torno al pregón para conservar la cordura y para rescatar las horas felices de otros tiempos.

Sin embargo, será una solución paliativa; la temperatura seguirá su marcha hacia arriba. Desenfrenada. Ni siquiera la proximidad de la tarde alivia la sensación de ahogamiento. Y no existe esperanza de que al día siguiente la situación sea distinta, ni el día que vendrá después, ni el que sigue... Solo algo dentro de nosotros puede cambiar la asfixia que nos amenaza. Una mutación genética, tal vez; o la activación de un mecanismo de defensa de nuestro organismo. No sé. A lo mejor estoy desvariando. El calor no permite pensar de modo coherente. Hasta la escritura se afecta con los azotes cotidianos del clima.

En los noticieros aparecen los expertos para anunciar que el calentamiento del Pacífico oriental ecuatorial ocasiona traumatismos en el ciclo de las lluvias. No lloverá por varios meses. Este fenómeno culminará con un proceso de enfriamiento caracterizado por lluvias abundantes. “Del Niño a La Niña”, dice el titular del noticiero. Estos infantes no son tan inocentes, y las secuelas son catastróficas: de la sequía a las inundaciones. De los cultivos resecos a las cosechas ahogadas. El abuelo no hubiese soportado tanta trasgresión a sus cabañuelas.

Escucho cerca, muy cerca, un rumor de agua que corre. Me imagino una cascada natural, cuyas aguas golpean contra las rocas; o el río de nuestra infancia –tan generoso, rauda y pródigo en peces de gran tamaño–; me imagino la lluvia de otros tiempos, cuyas gotas nos bañaban inocentes y arrastraban los barcos de papel por el canal de la calle. Pero no es nada de eso. Alguien ha dejado abierta la regadera del baño y el agua cae directamente en el sifón. Ahora sé que en esa casa, la mía, y en todas las casas de todos los pueblos, de todas las ciudades, estamos acabando con el vigor de los ríos.

Miro al fondo del paisaje y mis ojos ya no alcanzan a vislumbrar el horizonte. Me los frotó con el dorso de la mano, pensando que algo me enturbia la mirada. El horizonte sigue empañado. El horizonte, o sea, el futuro.

3. EL FUTURO

Miro el cielo y anoto cada detalle, con la secreta convicción de que hay una señal que nos brinda esperanza. “¿Qué miras, abuelo?” me pregunta mi nieto, de nueve años de edad. “Espero una señal de la lluvia”, le digo. Él hace un gesto de desencanto, como si le estuviese hablando de una película de ficción. “¿Te vas a bañar en la lluvia, como hacías cuando eras un niño?” Recuerdo haberle contado eso. “No sé qué tan bueno sea bañarse con la lluvia de estos tiempos. Dicen que el agua está contaminada con ácido”, le respondo.

Hace varios meses que no llueve y las imágenes de las pantallas ubicadas en lo alto de los edificios no son agradables. Un oso polar, raquítico, permanece en un bloque de hielo que se desprendió de un glaciar del Polo Norte. El témpano viaja por el océano y se va deshaciendo, como si flotara en una jarra de agua hirviendo.

Pronto, el oso quedará en metido en el agua, y los televidentes confiamos en que el helicóptero que intenta rescatarlo lo consiga a tiempo.

Las noticias cambian hacia el Caribe y muestran los lechos reseco por donde antes se deslizaban los ríos, de cuyas aguas saltaban peces de grandes dimensiones. En los pueblos, la muchedumbre corretea –con cántaros en mano– los carros proveedores, como persiguiendo el último aliento de la esperanza. El precio del galón de agua se sigue disparando y mucha gente no puede comprarla; y se conforma con la poca que el Gobierno le envía cada semana en las cisternas. Recuerdo las predicciones de finales del siglo XX: “Las guerras de mitad del siglo XXI no serán por el petróleo, sino por el agua”. Nos reíamos, entonces. Jinetes del Apocalipsis les llamábamos a quienes las pronunciaban.

Sabemos que se vienen tiempos difíciles. Más calor, menos agua, más aire contaminado. El cielo no manda ninguna señal de lluvia. Mi nieto sigue mirando la urgencia con la que leo las señales del cielo. “¿Va a llover?” me pregunta, con la ilusión de quien cree en los mayores, en los sabios de la tribu. Así le preguntaba yo al mío. “¿Abuelo, cuándo va a llover?” Y él miraba hacia las nubes y buscaba entre sus apuntes, y me decía con certeza: “Esta tarde, antes de las cuatro, caerá un hermoso aguacero. Ve y prepara tus barcos de papel”.

Pero yo no sé qué responder en este momento. Tengo los ojos nublados, los limpio con el dorso de las manos Y me siento culpable de que mi nieto no tenga las posibilidades de gozar de las cosas buenas de otros tiempos: de los ríos caudalosos, de los mares limpios, de las lluvias al atardecer, de los serenos nocturnos, de las luciérnagas en la madrugada, del canto de la lechuza.

“No, mi vida, no va a llover”, le respondo, de la manera más tranquila posible, para que no advierta la dificultad con la que los sonidos atraviesan mi garganta. Él sonrío inocente, y guarda el barquito de papel que, hace varios meses, le enseñé a fabricar por si algún día la lluvia comparecía de nuevo.